

Algunas reflexiones sobre los problemas de la teoría analítica y los orígenes de la personalidad

Carlos Mendilaharsu
(Montevideo)

I.— INTRODUCCION

El objetivo de nuestro trabajo es discutir algunos puntos básicos de la teoría analítica sobre los cuales existen controversias, discrepancias y diversas interpretaciones, particularmente los de las primeras etapas del desarrollo. Nos quedaremos conformes si por lo menos pudiéramos clarificar cuáles son estos aspectos de discusión y cuáles son las posiciones en relación a ellos. Dada la índole del trabajo, es necesario, para no desfigurar el sentido, tomando frases aisladas, hacer transcripciones reiteradas que pueden resultar quizás demasiado extensas. La realización del mismo ha sido para mí de una extraordinaria utilidad, ya que me hizo leer y meditar sobre múltiples libros y artículos; me sentiría muy satisfecho si por lo menos pudiera transmitir una pequeña parte de lo que yo he adquirido.

Haremos nuestros los conceptos de Rapaport (41) cuando expresa: “En algún punto del desarrollo de toda ciencia deben aclararse las suposiciones sobre las que está basada. Freud quiso que esto fuera lo que hiciese la metapsicología para el psicoanálisis. Esto justifica nuestro intento de establecer explícitamente y sistemáticamente el conjunto de suposiciones que constituye la metapsicología psicoanalítica. Insistimos en esta justificación porque desde el punto de vista de la práctica clínica diaria, lo que sigue puede parecer un ejercicio innecesario, estéril y formalístico”.

Lamentablemente, estamos lejos aún de lo que Balint (1) considera una buena teoría, cuando discutiendo en su trabajo “Narcisismo primario y amor

primario” dice: 10> Debe estar libre de contradicciones inherentes. La teoría del narcisismo primario fallaba en este sentido desde su concepción y los repetidos intentos de remediar el error han fallado. 29> Debe presentar una estructura estética que permita la integración de observaciones dispersas, de manera que cada una de ellas pueda entenderse mejor. La teoría del narcisismo no lo logra. 30) Con la base de una teoría deben poder hacerse predicciones, sacar conclusiones o inferencias capaces de verificación o refutación. Esto que señala Balint (1) para el narcisismo primario y que extiende a la teoría en general, es obvio que no existe en psicoanálisis, lo que por lo menos, hace incrementar en nosotros el interés por estos problemas.

Wisdom (47), explicitando algunos problemas de la teoría analítica, escribe: “No es posible ver en conjunto claramente, si se trata de varias partes de una misma teoría, de varias teorías que no se relacionan entre sí ni se ligan entre ellas o de algunas teorías que se articularían bien si ciertas medidas simples se tomaran previamente”.

II.— LOS ORIGENES DE LOS PROBLEMAS Y LAS DISCREPANCIAS

Paradójicamente estos orígenes están en el genio de Freud. Como dice W. Baranger (3), Freud estaba más preocupado por descubrir, que por armonizar entre sí sus descubrimientos. Por este motivo, pensadores psicoanalíticos de buena fe y de orientaciones teóricas muy distintas pueden encontrar con razón en los textos de Freud, un apoyo para sus descubrimientos y sus elaboraciones teóricas. En este sentido es bien evidente el ejemplo que solamente revisó y corrigió en las nuevas ediciones dos textos:

“Tres ensayos sobre una teoría sexual” (15) y “La interpretación de los sueños” (14). Ilustrando esta modalidad personal, Elliot Jacques (29) cita las palabras que Freud le expresó a Joan Riviere con respecto a ideas originales que ella le había comunicado:

“Write it, put it in black and white... *get* it out, produce it, make something of it outside of you, that is; give it an existence independently of you”.

Si se entiende por dogma el desarrollar una teoría con autoridad sin estar sustentada por la verificación, la línea de Freud es el antidogma, en oposición a

otros psicoanalistas que caen en afirmaciones dogmáticas, por ejemplo Spitz (46): “Yo no admito la existencia de un Ego desde el nacimiento”

Balint (1), al desarrollar aspectos de las aparentes contradicciones, aclara que: “Freud nunca aspiró a ser un teórico obsesivo sin embargo siempre fue un observador clínico insuperable”, y más adelante agrega: “Freud no deseaba abandonar o modificar observaciones clínicas para satisfacer una pulcra teoría”.

Tomaremos los problemas que discute este autor, como ejemplos, en primer término: “Freud mantuvo tres conflictivos puntos de vista sobre la relación más primitiva del individuo con su medio. En el primero, en «Tres ensayos sobre una teoría sexual» (15), expresa: cuando los primeros comienzos de satisfacción sexual están ligados a la alimentación, el instinto sexual tiene un objeto sexual fuera del cuerpo del niño representado por el pecho de su madre. Sólo más tarde el instinto pierde este objeto, precisamente tal vez, cuando el niño es capaz de formarse una idea total de la persona a la que pertenece el órgano que le da satisfacción. Entonces generalmente el instinto se hace auto-erótico y no se restablece la relación inicial hasta que no se ha atravesado el período de latencia. Existen así buenas razones para que el prototipo de toda relación amorosa sea el niño alimentándose del pecho de su madre. Encontrar un objeto es en realidad reencontrarlo”. Es obvio señalar que aquí está en esbozo la idea de objeto parcial y total de quien continúa la línea del genio de Freud, Melanie Klein. Agrega Balint (1) que Freud, en una nota adicional posterior a este texto, menciona otro método para encontrar un objeto, a saber, el objeto narcisista:

“Puede mostrarse así que luego de muchos años de haber introducido el concepto de narcisismo no intentó reemplazar el concepto de relación objetal primaria por el de narcisismo primario”. También en textos posteriores (1917, Conferencia N° 24) retorna el concepto de relación objetal primaria. Sin embargo, en “Introducción al narcisismo”, en 1914, Freud se pregunta: cuál es la relación entre el narcisismo del que ahora nos ocupamos y el autoerotismo que hemos descrito como un estadio temprano de la libido. Debemos suponer, me permito señalar, que una unidad comparable al Yo, no puede existir desde un comienzo en el individuo; el Yo debe desarrollarse. Los instintos autoeróticos están allí, sin embargo, desde un principio. En el estudio del caso Schreber (16), Freud, escribe: recientes investigaciones han llamado nuestra

atención hacia un estadio del desarrollo de la libido por el que ésta atraviesa desde el autoerotismo hasta el amor objetal. A este estadio se le dio el nombre de narcisismo. Es posible que esta fase intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal, deba ser normalmente indispensable. Las ideas de 1905 se repiten en el Yo y el Ello (20); en ese texto figura lo siguiente: “El niño lleva a cabo muy tempranamente una carga de objeto que recae sobre la madre y tiene su punto de partida en el seno materno”. Como afirma Balint (1), el pensamiento de Freud, es aquí que la forma primitiva de relación del ser y el medio es una relación objetal. Y luego comenta: “Estas tres teorías comprendidas en los términos de amor objetal primario, autoerotismo primario y narcisismo primario, son aparentemente contradictorias. A mi saber, nunca discutió Freud esta contradicción por escrito. Por el contrario, las publicaciones hasta 1923 evidencian que él mantenía simultáneamente las tres teorías. Debe asumirse que no las sentía como contradictorias o mutuamente excluyentes”. Nosotros pensamos que Freud, con sus nuevos hallazgos experimentales, oscilaba entre las distintas posiciones teóricas y que dejaba el camino abierto para la verificación, con nuevas investigaciones.

Otro ejemplo que nos parece de suma importancia es el que se refiere al principio del placer. El título del trabajo de Freud, “Más allá del principio del placer” (19), parecería indicar un abandono del mismo; sin embargo, en el texto lo menciona y lo mantiene, lo mismo que en publicaciones posteriores, como en “Nuevas aportaciones al psicoanálisis” (21) en 1932. La mayoría de los autores actuales siguen utilizando este principio, con algunas variantes. Por ejemplo, J. Riviere (43) habla del principio placer-dolor. Es significativo, sin embargo, que en muchos trabajos de la escuela kleiniana no aparece mencionado, lo que indicaría, por lo menos, una prescindencia del mismo. En esta línea, en el reciente libro de Hanna Segal (45), “Introducción a la obra de Melanie Klein”, no hemos encontrado ninguna referencia a dicho principio. Bion (7, 8), en textos recientes, lo mantiene. W. Baranger (4), explícitamente rechaza este principio, sosteniendo que el aparato psíquico no está destinado a descargar tensiones (en un sentido cuantitativo), sino que la conducta humana está determinada por significaciones, opinión que compartimos totalmente. Freud, como tenía plena conciencia de la necesidad de cambios en la ciencia, que originan luego indefectiblemente contradicciones, en los “Instintos y sus destinos” (18), escribe: “Como se ha señalado en

muchas oportunidades, las definiciones exactas, aunque son urgentes, sólo es posible hacerlas en una etapa posterior del pensamiento científico. No es posible en los estadios iniciales. Hay quienes defienden que las ciencias deben desarrollarse a partir de conceptos básicos claros y bien definidos. En realidad ni aun las ciencias más exactas comienzan con dichas definiciones. El verdadero comienzo de la actividad científica consiste, más bien, en la descripción del fenómeno y luego en la agrupación, la clasificación y la correlación. . . El progreso de la ciencia exige una cierta elasticidad aun en estas mismas definiciones. La física nos brinda un excelente ejemplo, dado la manera en que constantemente se modifica y se altera el contenido de esos conceptos básicos firmemente establecidos en forma de definiciones”.

Estas ideas de Freud, de 1915, coinciden plenamente con la de los físicos contemporáneos. Barnett (5), discípulo de Einstein, en la única obra del género prologada por el sabio de la relatividad, escribe: “La ciencia moderna nació cuando Galileo empezó a explicar cómo suceden las cosas, dejando la ambición aristotélica de los por qué”, y con respecto a las adquisiciones de la física moderna, afirma que condujeron a los físicos a perder la fe en un Universo mecánico funcionando con regularidad, cuando aparecieron en el estudio de las profundidades invisibles del átomo y en las profundidades insondables del espacio intergaláctico. Sin embargo, estos fenómenos se pueden describir con la ayuda de relaciones matemáticas coherentes.

En nuestra ciencia, los fenómenos (por ahora) deben ser descritos por el lenguaje verbal con sus limitaciones y es necesaria la utilización (para ciertos procesos oscuros) de un lenguaje metafórico, dando lugar muchas veces a equívocos si se les toma en un sentido literal. El problema se acentúa aún más cuando se intenta describir los procesos emocionales de las primeras etapas del desarrollo, como se ha insistido repetidamente [Isaacs (26), Heimann (26), etc.].

Cassirer (10) piensa que el lenguaje natural puede constituir un obstáculo para el desarrollo de la ciencia y que cada una debe construir su propio sistema simbólico. Este progreso del lenguaje se hace contra la teoría ingenua de que nuestros conceptos fundamentales son imágenes directas de las cosas, en el sentido simple de una teoría especular; imágenes que podríamos, de tiempo en tiempo, experimentar del punto de vista de la realidad y de alguna manera en su fidelidad fotográfica. Se trata, por el contrario, de un sistema de símbolos

muy complejo, cuya significación no puede ser probada por el hecho que su conjunto da una expresión del orden y la regularidad de los fenómenos. Resistiéndose contra las barreras del lenguaje, Bion (7) manifiesta: En la metodología psicoanalítica, el criterio no debe depender si un uso determinado es correcto o incorrecto, si tiene significado o es verificable, sino de su capacidad para fomentar el desarrollo. En otro pasaje del mismo texto aparecen los siguientes conceptos: “Puede parecer que empleo en forma equivocada, palabras cuyo significado ya está establecido, como el caso de función y factores. Un crítico me ha señalado que empleo esos términos en forma ambigua, de modo tal que existe el peligro que el lector se confunda por las asociaciones que existen entre esas palabras con las matemáticas y la filosofía. Las he usado deliberadamente, en razón de esas asociaciones, y deseo que la ambigüedad persista”. Diferimos con Bion (7) en la ambigüedad del lenguaje cuando nos referimos a problemas teóricos. En la situación de campo analítico (2), el problema es diferente, por la ambigüedad del mismo o por lo menos es una salida tipo 2 de la tabla de Bion. Por eso sostenemos que, en el estado actual de desarrollo de nuestra ciencia, es necesario utilizar un lenguaje propio [en el sentido de Cassirer (10)] y claro, de lo contrario, una “libertad” excesiva daría lugar a fantasías, produciendo desarrollos que se evaden del imprescindible rigor científico.

III.— PROBLEMAS METODOLOGICOS

Los principios metapsicológicos

Está demás insistir que en una ciencia en pleno desarrollo con aportes fundamentales que la enriquecen continuamente, como ocurrió en las últimas décadas con la escuela kleiniana, se crean continuamente problemas de diversa índole. Vemos, por un lado, desviaciones dogmáticas, aspectos “tabú”, generalizaciones inadecuadas, escotomizaciones. Por otro, y fundamentalmente, las propias características del psicoanálisis como ciencia, las relaciones con otras disciplinas científicas, la intromisión de lenguajes y conceptos ajenos. Intentaremos plantear algunos de estos problemas. Importa fundamentalmente, además, el problema de la validez, tema del que se ha ocupado Marta Nieto (38) en nuestro medio. En este sentido, insistiremos una

vez más con los conceptos de Poincaré (40), extraídos de su libro “La science et l'hypothèse”.

El papel de la hipótesis no es sólo necesario, sino legítimo. No basta observar, dice este autor, sino que hay que servirse de esas observaciones y para ello hay que generalizar. No es posible contentarse exclusivamente con la experiencia, sería desconocer el verdadero carácter de la ciencia. Una buena experiencia, es aquella que nos hace conocer otra cosa que un hecho aislado, es aquella que nos permite generalizar. Para prever hay que invocar ya la analogía, es decir, ya generalizar; por más tímido que se sea, es necesario interpolar. La experiencia nos da un cierto número de puntos aislados, hay que reunirlos con un trazo continuo y esto es una verdadera generalización. Se dice a menudo que hay que experimentar sin idea preconcebida. Esto no es posible, sería hacer toda experiencia estéril, pero aun queriéndolo, sería imposible hacerlo. La generalización es inevitable, pero no debemos olvidar sus limitaciones. Por más sólidamente asentada que pueda aparecer una previsión, no estaremos nunca absolutamente seguros que la experiencia no la desmentirá, si procedemos a la verificación. No hay que evitar nunca hacer una verificación, si la ocasión se presenta. Toda generalización es una hipótesis y tiene un papel necesario que nadie puede discutir, pero no hay que multiplicarlas en demasía, sino hacerlas una después de otra. Si construimos una teoría fundada sobre hipótesis múltiples y la experiencia las condena, ¿cuál será entre nuestras premisas aquella que es necesario cambiar?; y, si inversamente, la experiencia tiene éxito, ¿creeremos haber verificado todas las hipótesis a la vez?

Estos conceptos de Poincaré son, en realidad, aplicables a toda ciencia. Nos preguntamos entonces, en primer término, ¿cuál es la experiencia psicoanalítica? Es evidentemente una situación bipersonal y el problema metodológico es pasar de la experiencia a una teoría psicológica en términos unipersonales. Los problemas adquieren una complejidad mayor, si se pretende, a partir de la teoría psicoanalítica, construir una teoría psicológica general. En esta perspectiva se encuentra particularmente la escuela de la psicología del Yo y al respecto dice Hartmann (25):

“En la actualidad no cabe duda que el psicoanálisis es una psicología general en el más amplio sentido de la palabra”.

Otro problema es el de la relación entre el psicoanálisis y la biología.

Freud, formado en ciencias biológicas, fue modificando con el tiempo su posición. En la introducción a “El Yo y el Ello” (20), dice: El presente estudio recoge (se refiere aquí a ideas expresadas en trabajos anteriores) ideas y las enlaza con diversos hechos de la observación analítica e intenta deducir de esta unión nuevas conclusiones, pero no toma ya nada de la biología... y se halla por lo tanto más cerca del psicoanálisis que del más allá (se refiere al texto “Más allá del principio del placer”). Hartmann (25), por el contrario, expresa que los desarrollos recientes en el psicoanálisis no han cambiado sus características principales, específicamente su orientación biológica.

La situación que, a nuestro juicio, es necesario evitar, es intercalar en las concepciones teóricas, conceptos y lenguaje biológicos, lo que constituye obviamente un error metodológico. Sin embargo, cotejar, discutir en paralelo los hechos de la experiencia analítica con los hallazgos de las ciencias biológicas (en su sentido estricto), puede tener interesantes resultados. No hay porqué considerar toda referencia biológica, tomando estas precauciones, como tema tabú. Particularmente, para ciertos problemas de investigación, un trabajo en paralelo puede ser extremadamente fructífero. Como lo ha expresado Willy Baranger (3), los aportes de la teoría de la gestalt y de la fenomenología al conocimiento de la estructura psíquica ha contribuido a esclarecer el contenido que da el psicoanálisis a este concepto. Otros aportes, de otras disciplinas, pueden hacer lo mismo y más aún’ creemos, con Lagache (36), que ciertos problemas teóricos sólo pueden ser resueltos en una antropología interdisciplinaria.

La ciencia psicoanalítica tiene una base empírica que nadie puede dudar. Los hechos experimentales de la situación bipersonal, reunidos en hipótesis, permitieron construir la teoría por mas imperfecciones que pueda tener en el momento actual. Los hallazgos de la situación experimental son realidades, la fantasía es obviamente una realidad psíquica. Freud, en “Introducción al narcisismo” (17), dijo que las especulaciones teóricas no son el fundamento de la ciencia en que descansa todo, el fundamento es la observación pura. Sin embargo, pensadores de la categoría de Rubinstein (44), de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., han sostenido que el psicoanálisis tiene una base espiritualista. El autor mencionado, en su libro “El ser y la conciencia”, dice: “Después de la primera guerra mundial, a consecuencia de la reacción política e ideológica, las corrientes espiritualistas se desarrollan en alto grado. Las

ideas de la máxima autoridad de la escolástica medioeval (Tomás de Aquino) resucitan. El tomismo intenta remozar sus ideas psicológicas de la mano del freudismo. La solución freudiana del problema psíquico, posee en esencia un carácter espiritualista. Sabido es que Freud se declara de un determinismo psicológico riguroso. En primer lugar, según Freud, todo lo psíquico se determina siempre por lo psíquico (en parte Freud necesita de lo inconsciente porque en el plano de la conciencia es patente la falta de tal continuidad en la serie de los fenómenos psíquicos). En segundo lugar, interpretando a su modo y generalizando arbitrariamente los casos de enfermedades psicógenas, Freud considera los fenómenos psíquicos como primarios y las transformaciones somáticas como lo secundario, dependientes de la modificación psíquica. Resulta, pues, que los fenómenos somáticos eran determinados por los psíquicos y éstos lo eran siempre por fenómenos también psíquicos. El problema de lo psíquico queda pues con un sentido espiritualista y esto es lo que en el plano teórico une a Freud con la idea religiosa espiritualista”.

Estos conceptos de Rubinstein 44), psicólogo de indiscutida erudición, darían lugar a múltiples comentarios. Algunos puntos nos van a servir para discutir ciertos problemas, aunque previamente abordaremos las inexactitudes e inconsistencia de algunas de las críticas del autor mencionado. Nadie nunca sostuvo en la teoría analítica que el psiquismo fuera una especie de cosa en sí independiente y absoluta, independiente del cuerpo y del mundo exterior. El impacto de la realidad objetiva y del mundo exterior está bien explicitado por Freud en “Reconstrucciones en el análisis”. Sin embargo, críticas “sectoriales” de ciertos aspectos de la teoría en algunos grupos, pueden justificarse. El problema de la adaptación, que ha sido incorporado como un principio metapsicológico 17 Hartmann (25), Rapaport (41)¹ en ciertos trabajos sobre este tema, deja la idea de una especie de armonía preestablecida entre el ser y el mundo, que recuerda, como dice W. Baranger (4), la filosofía de Malebranche. La fantasmática trascendental, en el sentido de previa a la experiencia, sobre la que volveremos más adelante, también puede ser objeto de críticas de diversa índole. Del mismo modo, en ciertos trabajos analíticos, los conceptos de Eros y Tánatos dan la impresión de una lucha entre fuerzas cosmológicas, maniqueísmo, o ciertos principios de algunas filosofías chinas del Yin y del Yan. Hemos llegado a tocar aquí uno de los aspectos más espinosos de la teoría, que es el problema de los instintos. Cuando entramos

en su consideración teórica, enfrentamos dificultades extremas.

Creemos conveniente, en este desarrollo, discutir en este momento los principios metapsicológicos por sus conexiones con el problema que nos ocupa. Como punto de partida, tomaremos las ideas de Rapaport (41) sobre dichos principios. Esta elección deriva del interés que tiene para nosotros un teórico con un conocimiento profundo de la obra de Freud, pero de una orientación totalmente diferente de la del grupo al que pertenecemos. Rapaport (41) comienza aclarando que Freud tuvo dos conceptos sucesivos metapsicológicos: el de las primeras épocas significaba que su psicología trataba de lo que estaba más allá de la experiencia consciente. En 1916, en “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, define la metapsicología como el estudio de las suposiciones sobre la que está basada la teoría analítica. Rapaport (41) insiste en que, en la obra posterior de Freud, no se establece en forma sistemática “la colección de Suposiciones en que se apoya la teoría analítica. En toda ella se encuentran entremezcladas proposiciones que establecen observaciones teorías y suposiciones que forman su base. Según el autor mencionado, los estudios sistemáticos sobre metapsicología deberían distinguir proposiciones empíricas, proposiciones psicoanalíticas específicas, proposiciones de la teoría psicoanalítica general y proposiciones que establecen las suposiciones metapsicológicas. El autor ejemplifica cada uno de los diferentes tipos de proposiciones en la siguiente forma: 1º Proposición empírica: alrededor del cuarto año de vida los niños consideran a sus padres como rivales. 2º) Proposición psicoanalítica específica: la solución de la situación edípica es una determinante decisiva en la formación del carácter y en la patología. 3º) Proposición psicoanalítica general: la formación de estructuras por medio de identificaciones y anticatexias, explica teóricamente las consecuencias de la declinación del complejo de Edipo. 4º) Proposición metapsicológica: las proposiciones de la teoría psicoanalítica general que explican la situación edípica y la declinación del complejo de Edipo comprenden suposiciones dinámicas económicas, estructurales, genéticas y adaptativas. Rapaport (41) sostiene que Freud formuló solamente tres principios metapsicológicos en forma explícita: el dinámico, económico y topográfico. Esto último, en forma de sistemas inconsciente, preconscious y consciente, fue desplazado por el concepto estructural a partir del Yo y el Ello (20), aunque Freud nunca lo reemplazó explícitamente. Por otro lado, afirma

Rapaport (41) que la teoría psicoanalítica es una teoría genética y esto nunca fue formulado de una manera explícita por Freud, quizás por considerarlo obvio. Agregamos nosotros que el principio de continuidad genética fue formulado como tal por Joan Riviere en 1936 (43). En la parte final de la introducción sobre metapsicología, Rapaport (41) discute como quinto principio el principio de adaptación, pensando que los estudios de Hartmann y Erikson han demostrado claramente que la teoría analítica siempre ha implicado suposiciones básicas concernientes a la adaptación y agregando que todavía algunos analistas se niegan a reconocer que la teoría analítica implique suposiciones adaptativas, igualando adaptación con ajuste y temiendo que eso lleve por el mismo camino de aquellas escuelas psicoanalíticas que emplean el descubrimiento entusiasta de las relaciones ambientales con el propósito de la negación defensiva del conflicto intrapsíquico.

Compartimos totalmente esta última parte que se refiere obviamente a los culturalistas, Karen Horney (27) como ejemplo.

El punto de vista dinámico exige, dice el autor, que la explicación psicoanalítica de cualquier fenómeno psicológico incluya proposiciones concernientes a las fuerzas psicológicas implicadas en dicho fenómeno. Transcribe a Freud: "Nuestro propósito no es sólo descubrir y clasificar los fenómenos, sino concebirlos como producidos por la acción de fuerzas dentro de la mente, como expresiones de tendencias que se esfuerzan hacia una meta y que trabajan juntas o una contra otra. Estamos tratando de alcanzar un concepto dinámico de los fenómenos mentales". En cuanto al punto de vista económico, requiere que cualquier fenómeno psicológico incluya proposiciones concernientes a la energía implicada en dicho fenómeno. Como en el punto de vista anterior, cita conceptos de Freud: "Trata de seguir las vicisitudes de las cantidades de excitación y de llegar por lo menos a una apreciación relativa de su magnitud". El factor económico, dice Freud en otro texto, si se prefiere cuantitativo, está ligado al principio del placer.

Rapaport (41), que sostiene la independencia de los puntos de vista económico y dinámico, admite que son cuantitativos, magnitud de fuerzas y cantidad de energía respectivamente. Además, dice que no fueron claramente diferenciados entre sí, por Freud.

Si bien en esencia el psicoanálisis nació del estudio de los conflictos que significan necesariamente pugna, lucha, y fuerzas y energía actuantes, la

corriente estructuralista, progresivamente desarrollada a partir del Yo y el Ello en Freud, por la escuela kleiniana luego y la psicología del Yo (esta última se atribuye todo el mérito del progreso de los conceptos estructurales), ha ido desplazando el interés hacia esta última, Sin embargo, es necesario seguir admitiendo en el funcionamiento del aparato psíquico el concepto de impulso instintivo, como fuerza o energía actuante en el mundo interno, sin que esto signifique un menosprecio de la interacción mundo interno-mundo externo.

A pesar de la fragilidad teórica por un lado y la excesiva simplificación por otro, no podemos prescindir, en el estado actual de nuestros conocimientos, de un principio dinámico-económico y del impulso instintivo en relación con él. Podemos adoptar una posición teórica similar a la que toma Rapaport (41) en relación a la energía psíquica y a las fuerzas psicológicas: “Sin tener que establecer la energía fisiológica-biológica que forma su substracto somático”. La dualidad instintiva, postulada por Freud en ‘Más allá del principio del placer’ (19) es, para nosotros, un hecho de experiencia. Hay aquí una particular intrincación de la técnica y la teoría, pero creemos que es innegable para quien haya vivido la situación analítica, en un marco teórico de base kleiniana, el enfrentamiento con fantasías y objetos en relación con el instinto de muerte. El punto de vista estructural será discutido al encarar los problemas vinculados con la teoría kleiniana. En cuanto al principio de adaptación, ya hemos manifestado nuestra opinión al respecto.

IV.— LA POSICION TEORICA DE LA ESCUELA KLEINIANA Y LAS CRITICAS A LA MISMA

Como nuestro grupo tiene una orientación kleiniana, nos ha parecido de mucho interés revisar las críticas, algunas ya muy conocidas, pero siempre renovadas, que provienen de otros grupos del movimiento analítico. Como ejemplos podríamos citar las opiniones de Anna Freud (12): “Otros autores psicoanalíticos que prefieren fiarse únicamente en la reconstrucción de procesos de desarrollo a partir del análisis de períodos ulteriores” y en otro fragmento apoya a Spitz (46) que se opone a todos los autores analíticos que pretenden encontrar en el lactante, muy tempranamente después del

nacimiento, una vida mental complicada, en la cual fantasías, sentimientos de culpa, tendencias a la reparación, podrían jugar un papel. Y más adelante agrega: “Spitz rechaza el concepto de relación objetal con la madre desde el nacimiento, concepción que otras escuelas psicoanalíticas mantienen todavía”. Rapaport (41) hace una crítica (en una llamada, única referencia en todo un libro, a la teoría kleiniana) aún más drástica: “La teoría de las relaciones de objetos desarrollada por Melanie Klein y sus discípulos, no es una psicología del Yo, sino una mitología del Ello”. Fain y Marty (11), en un artículo a propósito del simbolismo fantasmático, expresan: “Es sobre todo el psicoanálisis llamado kleiniano que lo ha vulgarizado, de acuerdo a su hábito, es decir, con una indiscutible falta de método. Esta hábito, que no restringe el pensamiento en un sistema, permite progresos, pero tiene tendencia a mezclar ideas insolubles unas con otras”. Un erudito trabajo de Bryce Boyer (9) nos puede servir de guía y de ordenación en estos aspectos críticos. El autor no tiene orientación kleiniana, pero se nos acerca diciendo: psicoanalistas de todas las orientaciones que trabajan con psicóticos, acreditan los contenidos de las fantasías que M. Klein adscribió al bebé. Más adelante continúa: independientemente del grado de lógica que se pueda adscribir al sistema kleiniano de pensamiento, no se puede negar que su teoría y los procedimientos técnicos empleados en el tratamiento de los niños han tenido una gran influencia en el desarrollo del tratamiento psicoanalítico de los esquizofrénicos. Hemos hecho estas transcripciones para mostrar que el autor no se encuentra en una línea de crítica destructiva y mal intencionada. Haciendo una exposición sistemática de la teoría, refiriéndose en especial a las “ecuaciones simbólicas” y al conocimiento inconsciente de la relación sexual entre los padres, nos lleva al problema de la fantasmática trascendental, en el sentido de previa a la experiencia, que retomaremos más adelante. En cuanto al problema del desarrollo del Yo, el autor citado piensa que el impulso para este proceso (de acuerdo a la teoría kleiniana) resulta de un suceder exclusivamente endopsíquico y no es el resultado de una interacción entre el crecimiento y el ambiente. Cita a Bibring, que sostiene que el desarrollo es más que un mecanismo defensivo y que el papel exclusivo atribuido por Klein al desarrollo endopsíquico como independiente, en gran medida de toda estimulación externa es deficiente, señalando que todas las operaciones experimentales del desarrollo de los animales muestran que los instintos determinados

filogenéticamente se dirigen predominantemente a los estímulos externos.

En estas críticas hay: 1) Una deformación del pensamiento de M. Klein, que ella misma aclaró en diversos textos. Como lo afirma categóricamente Hanna Segal, de ninguna manera se desconoce la importancia de la situación exterior. Por lo tanto, los términos, exclusivamente e independientemente, en gran medida, no son adecuados. 2) El recurso de utilizar argumentos derivados de la experimentación animal exime de todo comentario.

Prosigue el autor exponiendo las ideas de Zetzel, que consideraba necesario que M. Klein y sus discípulos indicaran cómo interpretar la verdadera prueba de realidad y el pensamiento propio del proceso secundario, en términos de las premisas básicas de esa escuela. Y agrega posteriormente Bryce Boyer (9) que los analistas que siguen la corriente principal del movimiento analítico, sostienen que M. Klein y sus discípulos han extrapolado a períodos más primitivos observaciones realizadas en tratamientos de niños que pueden verbalizar o de pacientes psicóticos y fronterizos. Menciona que algunos todavía han extrapolado a períodos aún más primitivos, como Raskowsky (42) y col. Cita el tan conocido trabajo de Glover, de 1945, sobre la extrapolación retrospectiva y el uso teórico de los kleinianos de esos supuestos contenidos de la fantasía instintiva. Además, sostenía que el grupo kleiniano redujo a confusión los conceptos freudianos sobre el aparato mental y debilitó las distinciones básicas entre los sistemas consciente e inconsciente y el proceso primario y secundario respectivamente. Las posiciones kleinianas subvierten todos los conceptos aceptados del desarrollo de lo desorganizado a lo organizado.

A continuación resume otro trabajo de Zetzel, de 1953, en relación con las formulaciones kleinianas sobre el origen del Superyo, que estarían basadas en supuestos dogmáticos. En otra perspectiva, Glover, refiriéndose a la gnosogénesis y a la interpretación de la neurosis infantil como elaboración de ansiedades psicóticas tempranas, dice que constituyen una teoría monista de la psicopatogénesis.

Al finalizar su revisión, Bryce Boyer (9) manifiesta: "Sea cual fuere la verdad, debemos recordar que Melanie Klein introdujo sus teorías no mucho después de que Freud presentara la teoría estructural y cuando la psicología del Yo estaba en su infancia". La falta de comprensión de la teoría estructural era grande durante el período en que Klein introdujo sus ideas. Además, en

ese momento el trabajo de los científicos de otras disciplinas, especialmente en etología y neurofisiología, era más ingenuo que en la actualidad y había menos evidencias para confrontar las teorías de Klein.

Nos encontramos ante críticas enfocadas desde diversos ángulos, que trataremos de enfrentar o superar al discutir las diferentes concepciones sobre las primeras etapas del desarrollo. Queremos detenernos ahora sobre el concepto de estructura frente a la crítica que en la teoría kleiniana hay una falta de comprensión de ésta y a la atribución de ese desarrollo a la psicología del Yo. Esta posición es la de Rapaport (41), que atribuye importancia fundamental a las ideas de Hartmann (25) en relación con los aparatos y a la de Erikson con sus modos y modalidades como contribuciones básicas. Así también Hill (24) manifiesta: “se dice a menudo que el punto de vista estructural fue introducido en psicoanálisis en 1923 con los problemas del Yo y el Ello. En cierta forma es cierto, pero en otros es falso... la tricotomía Yo-Ello-Superyo es solamente una muy tosca afirmación desde el punto de vista estructural..., sólo en las últimas décadas fue desarrollado el punto de vista estructural en forma concienzuda y sistemática... mucho más sutil disección de la estructura de la mente ha sido llevada a cabo en lo que concierne a las funciones del Yo. Se llaman intrasistémicas a las consideraciones estructurales dentro de una de las tres estructuras principales. La descripción del Yo, por ejemplo, como una organización de disposiciones semiautónomas de la conducta, es un enunciado estructural”. Cabría preguntarse qué es el concepto estructural. Para tratar de clarificarlo tomaremos las ideas de Lagache (35), que se ha ocupado recientemente de este problema: “La antropología de hoy es estructuralista, uno de sus rasgos principales es la promoción de categorías de conjuntos, de unidades múltiplex. Reaccionando contra el atomismo psicológico del siglo XIX, partimos de la idea que no estamos frente a elementos aislados ni a suma de elementos, sino a conjuntos cuyas partes ellas mismas están estructuradas... La personalidad, ella misma, es una estructura que el tiempo diferencia en el individuo, un conjunto dinámico, es decir, organizado y moviente de formas psicofisiológicas, ellas mismas organizadas y movientes. Ellas aseguran con una cierta regularidad las relaciones de la persona con su mundo personal, lo que quiere decir también con ella misma. Estructura diferenciada en una estructura que la comprende, ella en sí misma comprende estructuras. Dos concepciones surgen de la personología contemporánea, para unos la

estructura personal es un conjunto estático, formal, clasificación lógica de todos los componentes individuales psicológicos o somáticos. Según la otra concepción, la estructura personal es un sistema de relaciones entre formaciones que no son directamente observables, pero a las cuales la observación de ciertas regularidades confiere una realidad conceptual en el interior de un modelo teórico. Esta concepción analítica y dinámica es la de la personología psicoanalítica que ofrece el ejemplo más antiguo y más típico. Uno de los méritos de Freud es haber desentrañado el punto de vista estructural desde el «Proyecto de psicología científica» de 1895 (13) y sobre todo en la «Interpretación de los sueños» (14). A los criterios económicos y dinámicos en los cuales se funda para distinguir los sistemas con los cuales compone la ficción de un aparato psíquico, se ha propuesto después agregar otros criterios, tales como el genético, que concierne al origen y al estilo de organización de formaciones parciales, y el criterio de adaptación, que valdría sin duda más concebirlo como el criterio de la relación de objeto”. Compartimos en su casi totalidad lo expresado por Lagache (35). De acuerdo: 1) con lo que sostiene que el punto de vista estructural ya aparecía en Freud antes del Yo y el Ello (20); 2) el concepto particular de estructura de la psicología del Yo parecería estar descrito, por lo menos parcialmente, en la primera concepción que describe Lagache como formación rígida, estática, formal; 3) el autor integra también, en otras partes de su trabajo, los puntos de vista dinámico y económico; 4) del mismo modo compartimos su pensamiento con respecto al principio de adaptación.

Retomando la crítica de la falla de los conceptos estructurales en la teoría kleiniana, recordaremos las ideas de W. Baranger (3) cuando se refiere a los desarrollos de la escuela kleiniana de los conceptos de Freud: “Nos encontramos frente a una serie de conceptos estructurales, el instinto con sus características definidas, la fantasía inconsciente como relación estructural vivenciada entre instinto, sujeto y objeto, el objeto introyectado modelado por la fantasía, el Yo y Superyo estructurados por identificación con los objetos introyectados”. Exceptuando el concepto estructural del instinto, que no comprendemos totalmente, en todo lo expresado es evidente la importancia que tiene el punto de vista estructural en el pensamiento kleiniano y que no caben las críticas sostenidas anteriormente, salvo si se enfoca con el criterio estrecho y parcial de algunos teóricos de la psicología del Yo.

V.— LAS PRIMERAS ETAPAS DEL DESARROLLO

Sería obvio señalar la necesidad de poseer un modelo teórico sobre este período básico de la vida del ser. En nuestro medio el interés se ha centrado especialmente sobre las angustias confusionales tempranas [Koolhaas (34), Garbarino (23), Galeano (22)], tema que no abordaremos aquí. Los caminos para la investigación, en el estado actual de nuestra técnica, tienen dificultades extremas, ya que el procedimiento psicoanalítico experimental directo es inaplicable. En general se han utilizado dos líneas: Freud y luego M. Klein, partiendo de materiales analíticos recogidos en edades posteriores, postularon un cierto tipo de hipótesis no directamente verificables y luego se interesaron en darles un mayor poder, observando la conducta temprana del niño. También S. Isaacs (28) se preocupó de buscar apoyo en la investigación realizada con lactantes desde otras perspectivas. La otra línea, cuyo prototipo es Spitz (46), partiendo de algunos conceptos freudianos, pero dándole una importancia básica a la observación directa de la conducta, construye desde este ángulo conductista una serie de hipótesis. Es indudable que es difícil rebatir la crítica de la extrapolación. La desviación dogmática se encuentra en la mayor parte de los modelos teóricos de este período, el ejemplo ya referido de Spitz (46), “No admito un Yo al nacimiento”, es bien evidente. No insistiremos sobre el pensamiento de Freud, ya que hemos tomado como ejemplo, siguiendo a Balint (1), sus ideas sobre el narcisismo primario, autoerotismo y relación objetal primaria. Nos detendremos en sus ideas sobre el Yo precoz y las diferencias con otros investigadores. H. Segal (45) expresa: “El concepto de fantasía inconsciente, tal como lo utiliza M. Klein, implica un mayor grado de organización yoica que el que suponía Freud. La discusión que sostienen los analistas sobre el estado del Yo en los primeros meses de la infancia, no se reduce a cuestión de mutuos malentendidos o a diferente utilización del lenguaje. Se trata de una verdadera divergencia, muy importante, sobre como son las cosas. Por supuesto, las experiencias atribuidas al bebé dependerán del cuadro que se tenga del Yo en cada etapa. Para que una descripción de los procesos implicados tenga sentido, debe comenzar describiendo al Yo. Según

M. Klein hay suficiente Yo al nacer como para sentir ansiedad, utilizar mecanismos de defensa y establecer primitivas relaciones objetales en la fantasía y en la realidad. Esta concepción no difiere por completo de la de Freud. Algunos de los conceptos de Freud implican, al parecer, la existencia de un Yo temprano. Freud describe también un mecanismo de defensa temprano, la deflexión del instinto de muerte, que ocurre al comienzo de la vida, y su concepto de realización alucinatoria de deseos, implica un Yo capaz de establecer una relación objetal en la fantasía”.

Entre los múltiples trabajos de M. Klein, existen particularmente dos que se refieren al Yo precoz: “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (32) y “Envidia y gratitud” (33). En el primero escribió: “Hasta el momento conocemos muy poco de la estructura del Yo precoz. Algunas sugerencias recientes al respecto no me han convencido. Me refiero particularmente al concepto de Glover sobre los núcleos del Yo y a la teoría de Fairbain del Yo central y dos Yo subsidiarios. Creo más eficaz la importancia que da Winnicott a la no integración del Yo precoz. Diría también que el Yo precoz carece de cohesión y que una tendencia a la integración, alterna con una tendencia a la desintegración y al desmoronamiento. Estimo que estas fluctuaciones son características de los primeros meses de la vida. Creo que tenemos razón al presumir que algunas funciones que conocemos del Yo posterior existen desde un comienzo. La más sobresaliente de estas funciones es la de hacer frente a la angustia. . El primer objeto bueno interno actúa como un punto central en el Yo”. Señalaremos, en primer lugar, la forma que emplea M. Klein para expresar sus ideas; los términos: diría, creo, presumir, etc., muestran la definida intención de no caer en afirmaciones dogmáticas. En segundo término, de lo transcrito, así como en otros lugares de su obra, se desprende que pensaba que el Yo precoz tenía dos sectores diferentes, uno “centro de actividad para manejar la angustia” y otro “pecho bueno introyectado”.

Otro concepto de M. Klein que queremos discutir es el que aparece en la nota 1 de “Observando la conducta de bebés” (31):

“Mi obra psicoanalítica me ha llevado a la conclusión que el niño siente inconscientemente que existe un objeto de bondad sin par, del que podría

obtener máxima gratificación. Creo, además, que su conocimiento inconsciente implica que la relación con el pecho se desarrolla incluso en bebés que no han sido alimentados por el pecho... El hecho de que al principio de la vida prenatal existe un conocimiento inconsciente del pecho y que se experimenten sentimientos hacia el pecho, sólo puede concebirse como una herencia filogenética". Nos enfrentamos aquí con el concepto de fantasías "a priori", previas a la experiencia, que ya mencionamos como uno de los problemas de la escuela kleiniana. Lagache (36) trata este punto tan debatido con su sutil espíritu crítico. Las trata como fantasías originales, trayendo a discusión los textos de Freud sobre los residuos arcaicos (Urphantasien), haciendo una similitud con el problema filosófico concerniente a la clásica discusión entre el empirismo y la teoría de las ideas innatas. Este concepto de fantasías originales para el autor, fue utilizado, por un lado, por Jung de una manera total, y de diferentes puntos de vista, por Klein e Isaacs. Hace una primera observación de orden metodológico: admitir las fantasías "a priori", significa salir del terreno psicoanalítico a una antropología más especulativa. La segunda objeción es genética: aun admitiendo fantasías previas a la experiencia, ellas implican un estadio desarrollado de la actividad mental para tener lugar, aunque agrega que una disposición innata puede manifestarse recién al alcanzar el individuo cierto nivel de desarrollo. El autor expresa que aun no admitiendo una actividad cognitiva en el nacimiento, no hay duda que existen desde el nacimiento relaciones de objeto del niño con la madre, que denomina funcionales. Finalmente, sostiene que establecer la cronología de la aparición del Yo, relaciones de objeto y consciencia, es en el fondo crear un pseudoproblema. Psicólogos de otras orientaciones, como Piaget (39), sostienen que la capacidad de concebir y retener un objeto ausente está presente recién a los 16 meses, pero que esto es el producto de un desarrollo que se inicia en el nacimiento.

En el trabajo sobre "Fantasía, objeto y estructura psíquica W. Baranger (3) escribe: "Tenemos que revisar nuestro concepto de introyección, este concepto implica la división entre lo interno y lo externo que no puede existir en el momento de los primeros procesos introyectivos. Al contrario, lo más probable es que la diferenciación entre lo interno y lo externo provenga de la introyección y la proyección... El niño reacciona a todo incremento de tensiones y a toda frustración de origen interno o externo, dividiendo su experiencia del pecho

(campo de experiencia fundamental) entre un centro positivo, donde ubica sus pulsiones libidinales y sus experiencias placenteras (el pecho bueno), y un centro negativo, donde ubica sus pulsiones destructivas y sus experiencias displacenteras y angustiosas... La discriminación entre fantasía y objeto es abstracta y pertenece a un estado evolutivo mucho más adelantado. Podemos decir que por actuación de fantasías básicas heredadas o protofantasías que existen anteriormente a la experiencia externa, se crean, por influencia de las situaciones en las cuales intervienen el ambiente del niño y esencialmente la madre, moldes estructurales de vivencias". Esta formulación de centros positivos y negativos de experiencia supera el calificativo bueno-malo que por más que nos excusemos sobre su inadecuación, siempre implican juicios de valor que se adquieren sólo con la experiencia madurativa. Milner (37) se refiere a este problema en el mismo sentido, apoyándose en los conceptos de Winnicott, de objeto no discriminado, etc. Hanna Segal (45), en su libro ya citado, no hace ninguna mención explícita de las protofantasías y como afirma que las fantasías son función del Yo y éste a su vez es considerado como un precipitado de fantasías, de catexias y de fantasías de objetos introyectados, se hace muy oscuro qué es lo primero.

Otro punto crucial en la teoría kleiniana es el del simbolismo.

M. Klein (30) lo estudió especialmente en su trabajo "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del Yo".

Expresa textualmente: "Como el niño desea destruir los órganos pene-vagina-pecho, que representan los objetos), comienza a temer a estos últimos. Esta angustia contribuye a que equipare dichos órganos con otras cosas; debido a esa equiparación, éstas a su vez se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsado a hacer nuevas ecuaciones que constituyen la base de su interés en los nuevos objetos y del simbolismo. Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general". Bion (6), en "Lenguaje y esquizofrenia", escribe: "La capacidad para formar símbolos depende de: 1) la capacidad de captar objetos totales; 2) el abandono de la posición esquizoparanoide con su concomitante disociación (splitting); 3) la reunión de lo disociado y la introducción de la posición depresiva

Siguiendo a Milner (37), creemos que Fenichel señaló bien los dos significados distintos de la palabra simbolización, que a menudo han sido confundidos. Dice: “En los adultos una idea consciente puede ser utilizada como símbolo con el propósito de ocultar una idea inconsciente objetable... pero el pensamiento simbólico constituye también una parte del pensamiento prelógico primitivo. El simbolismo arcaico, como parte del simbolismo prelógico y la distorsión mediante la representación de una idea reprimida a través de un símbolo consciente, no son lo mismo

Spitz (46) expresa: “Yo me he prohibido, y lo subrayo, toda hipótesis sobre la presencia de procesos intrapsíquicos que podrían actuar en el niño desde el nacimiento. Según el concepto de Freud, que está unánimemente confirmado por las observaciones y las expresiones de todos los que han estudiado el recién nacido, el pensamiento no existe en el nacimiento. . . Asimismo, el simbolismo es inexistente, y por lo tanto, toda interpretación simbólica. Los símbolos están ligados a la adquisición del lenguaje. La palabra es inexistente durante el primer año, los mecanismos de defensa son inexistentes por lo menos en la forma descrita en la literatura”.

A nuestro juicio, la opinión de Spitz (46) con respecto al simbolismo, se refiere al primer significado del concepto que aclara Fenichel y no al simbolismo arcaico que está vinculado al proceso primario.

Siguiendo ahora con el pensamiento de Spitz (46), cuya posición es como vemos totalmente opuesta a la kleiniana, sostiene que el lactante se encuentra en un estado indiferenciado, apoyándose en sus observaciones y tomando a su conveniencia ciertos conceptos de Freud. Construye así una serie de hipótesis dogmáticas sobre objeto precursor, primera reacción de angustia a los 8 meses (a las reacciones previas a este período les llama reacciones de displacer arcaico), etc. Interesa cotejar las ideas de Spitz (46) con las de Hartmann (25) por la importancia que se les da en la literatura analítica no kleiniana. Dice este último autor: “Aunque el niño recién nacido no está privado por completo de un equipo instintivo (por ejemplo: mamar, tragar, cerrar los ojos a la estimulación luminosa, llorar) ni de un equipo congénito adicional (impulsos instintivos y el aparato del Yo) que madura solamente más tarde, de hecho, este equipo instintivo del niño recién nacido comparado con el del animal, es extremadamente pobre”. Afirma un origen independiente del Yo, que no es una diferenciación del Ello y que luego utiliza para su desarrollo del concepto del

área libre de conflictos.

Quisiéramos, finalmente, resumir brevemente las ideas de Lagache (35) con respecto a este mismo problema. El autor niega la indiferenciación primaria, expresando que solamente ciertas fórmulas temerarias son capaces de hacerlo. La relación entre -la madre y el niño no podría concebirse de otra manera que como una relación de objeto, aunque expresa la idea de una participación sincrética con la madre no diferenciada. Supone que el niño se confunde con la madre en una participación simbiótica, siempre que la madre satisfaga sus necesidades, y que se distingue de ella y la distingue de él, cuando está ausente.

Luego de esta esquemática visión, que ha sido voluntariamente encarada en forma parcial, abordando solamente algunos problemas, tal como está señalado en la "Introducción", podemos formular lo siguiente:

1º) Trabajando con un esquema referencial técnico de orientación kleiniana hay evidencia indiscutible que las fantasías inconscientes y relaciones de objeto de la posición esquizoparanoide y la depresiva, tienen su origen en las primeras etapas del desarrollo.

2º) La adjudicación de una cronología precisa desde el nacimiento puede ser objeto de críticas del tipo referido en el curso del trabajo (extrapolaciones, afirmaciones dogmáticas, etc.).

3º) Afirmarlas desde el nacimiento supone admitir una fantasmática trascendental, previa a la experiencia, o si se postula que las fantasías son función del Yo, éste tiene que poseer desde el nacimiento capacidades de cierta complejidad.

4º) La utilización de términos, bueno-malo para las primeras etapas, resultan inadecuados porque implican inevitablemente un juicio de valor.

5º) Una formulación a partir de una diferenciación primaria, con centros positivos y negativos de experiencia en el campo fundamental del primer objeto, que luego con la maduración y desarrollo dan lugar al establecimiento de estructuras más nítidamente diferenciadas, nos parece más adecuada al

estado actual de nuestros conocimientos y a las adquisiciones de otras disciplinas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. BALINT, M.— Narcisismo primario y amor primario. "Rev. Uug. de Psic.", 7: 57-92; 1965.
2. BARANGER, M. y W.— La situación analítica como campo dinámico. "Rev. Urug. de Psic.", 4: 5-54; 1961-62.
3. BARANGER, W.—Fantasía, objeto y estructura psíquica. "Rev. Urug. de Psic.", 1: 303-341; 1956.
4. BARANGER, W.— Comunicación personal.
5. BARNETT, L.— "Einstein et l'Univers". Gallimard, Paris, 1962.
6. BION, W. R.— "Lenguaje y esquizofrenia". Nuevas direcciones en psicoanálisis. Paidós, Buenos Aires, 1952.
7. BION, W. R.— "Aprendiendo de la experiencia". Paidós, Buenos Aires, 1966.
8. BION, W. R.— "Elementos de psicoanálisis". Paidós, Buenos Aires, 1966.
9. BRYCE BOYER, L.—Desarrollo histórico de la terapia psicoanalítica de la esquizofrenia. Contribuciones de los discípulos de Freud. "Rev. Psic.", 23: 91-148; 1966.
10. CASSIRER, E.— L'influence du langage sur le développement de la pensée dans les sciences de la nature. "J. Psychol. norm. pathol.", 39: 129-152;

1946.

11. FAIN, M. et MARTY, P — Perspectives psychosomatiques sur la fonction des fantasmes. “Rev. Franç. de Psyc.”, 28: 609-622; 1964.
12. FREUD, A—Prólogo del libro de E. Spitz (46), 1955.
13. FREUD, S.— “Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
14. FREUD, S.— “La interpretación de los sueños” (1900). O. C. Buenos Aires.
1952.
15. FREUD, S.— “Una teoría sexual” (1905). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
16. FREUD, S.— “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito” (1911). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
17. FREUD, S.— “Introducción al narcisismo” (1914). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
18. FREUD, S.— “Los instintos y sus destinos” (1915). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
19. FREUD, S.— “Más allá del principio del placer” (1920) O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
20. FREUD, S.— “El Yo y el Ello” (1923). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.

21. FREUD, S.— “Nuevas aportaciones al psicoanálisis” (1932). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
22. GALEANO, J.— “Angustia de ausencia y presencia”. (Inédito, 1960.)
23. GARBARINO, H.—Nacimiento, confusión y fobias. “Rev. Urug. de Psic.”, 5: 251-268; 1963.
24. GILL, M.— “Estado actual de la teoría psicoanalítica”. Aportaciones teoría y técnica psicoanalítica. Pax, Méjico, 1962.
25. HARTMANN, H.— “La psicología del Yo y el problema de la adaptación”. Pax, Méjico, 1962.
26. HEIMANN, P.— “Algunas funciones de introyección y proyección en la temprana infancia”. Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
27. HORNEY, K — “La personalidad neurótica de nuestro tiempo”. Paidós, Buenos Aires, 1951.
28. ISAACS, S.— “Naturaleza y función de la fantasía”. Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
29. JACQUES, E.— Death and the mild-life crisis. “Int. J. Psyc.”, 46: 502-514; 1965.
30. KLEIN, M.— “La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del Yo” (1930). Contribuciones al psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1964.
31. KLEIN, M.— “Observando la conducta de bebés” (1932). Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
32. KLEIN, M.— “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (1946). Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.

33. KLEIN, M.— “Envidia y gratitud” (1957). Emociones básicas del hombre. Nova, Buenos Aires, 1960.
34. KOOLHAAS, G.— El origen psicótico de las neurosis. “Rev. Urug. de Psic.”, 2: 406-451; 1958.
35. LAGACHE, D.— La Psychanalyse et la structure de la personnalité. “La Psychanalyse”, 6: 5-54; 1961.
36. LAGACHE, D.— Fantaisie, réalité et vérité. “Rev. Franç. de Psyc.”, 28: 515-538; 1964.
37. MILNER, M.— “El papel de la ilusión en la formación de símbolos”. Nuevas direcciones en psicoanálisis. Paidós, Buenos Aires, 1965.
38. NIETO GROVE, M.— Algunos problemas del analista como investigador. “Rev. Urug. de Psic.”, 7: 5-28; 1965.
39. PIAGET, J.— “La construction du réel chez l’enfant”. Delachaux, Paris, 1937.
40. POINCARÉ, H.— “La Science et l’Hypothèse”. Flammarion, Paris, 1906.
41. RAPAPORT, D.— “Sobre metapsicología”. Nuevas aportaciones a la técnica y teoría psicoanalítica. Pax, Méjico, 1962.
42. RASCOVSKY, A.— “El psiquismo fetal”. Paidós, Buenos Aires, 1960.
43. RIVIERE, J.— “Sobre la génesis del conflicto psíquico en la primera infancia”. Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
44. RUBINSTEIN, S. L.— “El ser y la conciencia”. Pueblos Unidos, Montevideo, 1963.
45. SEGAL, H.— “Introducción a la obra de Melanie Klein”. Paidós, Buenos

Aires, 1965.

46. SPITZ, R. A.— “La première année de la vie de l’enfant” P.U. F Paris, 1958.
47. WISDOM, J. O.— Structure, Identification et tensions internes. “La Psychanalyse”, 6: 105-110; 1961.